

La simbología en las flores, colores y olores en la Cuaresma y Semana Santa guatemalteca



GUILLERMO ALFREDO VÁSQUEZ GONZÁLEZ

LUIS VILLAR ANLEU

Este artículo presenta un análisis descriptivo de elementos vinculados al rito judeo-cristiano de la cuaresma en Guatemala. Se analizan hechos visuales y simbólicos y se hace el intento de explicar primeramente la gran significación que alcanzan las flores dentro del esquema general de la celebración.

Al describir las características etnográficas en el contexto de los imaginarios colectivos que sustentan cultos populares, nos centramos en la función simbólica que juegan las flores con sus colores y olores en el entorno de esta arraigada tradición.

Sin duda, en nuestra cultura, uno de los sucesos más importantes y de gran significación es la costumbre de conmemorar el pasaje histórico de la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Estas vivencias pasan a ser aspiraciones y concepciones de la vida y la muerte. Por ello aparecen formas de construir y adornos los iconos tradicionales, el carácter de las comidas caseras de la ocasión, el arte popular que surge paralelo, las creencias, supersticiones, el saber popular o bien la cultura popular tradicional.

Esta manifestación contiene un gran valor espiritual y valorativo dentro del grupo humano, que sigue cuidando estas estilizaciones según sus propias leyes, que no tienen necesariamente que corresponder a criterios foráneos, sino son formas auténticas de ese pueblo que se vuelca y responde a sus necesidades de ofrendar por cualquier criterio profundo de cada ser que participa.

Entonces, las flores seleccionadas de la época con sus colores y olores, sin duda expresan ideas en acción; es decir, que el mundo simbólico como es vivido constituye una expresión o manifestación que vincula lo sagrado con lo popular, como señal real a través de la pluralidad de sus significados en forma de lenguaje, ó códigos que cohesionan en el grupo social donde se da esta manifestación.

Las flores, con sus contenidos simbólicos, hablan por sí solas, despiertan esas sensaciones en este mundo mágico-religioso.

En este caso, lo mágico-religioso cae dentro de aquel "comportamiento básico del ser humano fundado en una concepción del mundo según la cual objetos y sucesos que son entendidos como manifestaciones... adquieren la forma de acción gráfica y de culto". (Diccionario Rioduero de Antropología Cultural, versión de Alejandro Alvarez de Luna y José Antonio. Ediciones Rioduero, Editorial Católica, S. A. Madrid, 1986, p. 108). En cuanto a lo religioso se menciona como "en general, la relación del ser humano hacia lo sagrado, que como religión subjetiva es adoración y veneración, y se encarna como religión objetiva en la confesión, el culto y el derecho". (*op. cit.* p. 156)

En este sentido es la flor el elemento que manifiesta un profundo sentimiento por lo tanto adquiere el carácter de ofrenda, así ha obtenido un rango importante ya que toda sociedad, pasada y presente, mantiene ese momento de integridad a un grupo social que cada individuo debe desempeñar para estos rituales físicos que representan y dan abiertamente un mensaje, una devoción, una entrega.

En el mundo de los símbolos, las formas, colores y aromas son los elementos que se manifiestan como sentimientos naturales en el ser humano que ha utilizado símbolos para expresar sus creencias. De este modo podríamos decir que en la relación entre la religión y el simbolismo, son las flores con sus olores las que representan matices que nos hablan. Cada color simboliza un compendio de códigos que expresa algo, éste es un elemento de la vida diaria, que refleja un impacto inmediato en nuestras emociones, además que posee un poder de estimular y alegrar, ya que sugiere efectos en la mente como una percepción sensorial, como un acto que no solo es físico sino cultural, sustentando que la vista y el olfato como otros. Están inmersos en nuestros sentidos.

En cuanto a los olores de ese momento sensorial, se convierte en parte de la sensibilidad religiosa. Todo olor lo relaciona con el momento. Los olores vertidos dan origen a cultos convincentes y accesibles a la sensibilidad de los creyentes, por lo tanto muestran rasgos culturales, por lo mismo expresan y comunican como lenguaje que se disuelve en la mente humana y que trata de exteriorizar la realidad objetiva de la vida religiosa provocada por esa tradición. Para no extendernos más, quisiéramos sellar este artículo diciendo que todas estas formas auténticas del arte popular son movidas por las creencias que el saber del pueblo recrea y que nacen en una forma sincrética.

Debemos advertir que las ideas expresadas hasta aquí deben ser entendidas en un ámbito de religiosidad popular, que es el que caracteriza a nuestro pueblo, manifestándose en cuaresma y Semana Santa con auténtica devoción y entrega.

En tal contexto, el artículo ofrecido es sólo la propuesta de los ensayistas, derivada de años de introspecciones y práctica en este campo. En el caso antropológico, como se ha mencionado, es además producto de la experiencia del autor al estar inserto como observador participante en esta tradición. Es una ponencia que merece crítica, que no intenta provocar dilema ni fanatismo, solamente representa una reflexión teórica.

Las flores y otras plantas de la cuaresma en Guatemala

La Semana Santa es una celebración móvil. Su fijación calendárica se hace coincidir con la primera luna llena de primavera. Así, todo el ciclo cuaresmal resulta ajustado a las fases lunares de la estación. Es un detalle significativo para hablar del por qué algunas de las flores de ofrenda son, también, propias de la estación.

Pudiendo señalar a muchas, aquí nos referimos sólo a las clásicas o más ostensibles, incluidas plantas cuyos productos se incorporan a los ritos sin que necesariamente sea por sus flores. Un selecto conjunto se forma con especies como estaticia, clavel, buganvilia, chilca, coralillo, gravilea, pino, matilisguate, corozo y jacaranda.

Por su origen pueden ser especies nativas o exóticas (originarias del país o como cultivos importados, respectivamente). Por su naturaleza serán silvestres o plantadas. Atendiendo al hábito de crecimiento se clasifican en hierbas, arbustos y árboles. Las categorías no son mutuamente excluyentes y deben combinarse, según el caso, en sus descripciones individuales.

Estaticia: planta herbácea cultivada en especial en San Pedro Sacatepéquez y en el área de la Antigua Guatemala. Nativa de regiones mediterráneas, sus flores son pequeñas, en conjuntos de entre 10 y 45 mm. de largo. La flor es de estructura compleja. La parte colorida es apergamínada, ya morada, amarilla, blanca o roja. La preferida en cuaresma es la morada. Se le incorpora a los "ramos" del Día de Ramos y adorna varios iconos de la festividad.

Clavel: planta herbácea de cultivo muy generalizado en el país por su amplia demanda como ornamental. La flor adopta gran riqueza de formas y colores, aunque dominan las rojas y blancas. Se le emplea como ornamento de "pasos" en los Vía Crucis pueblerinos, pero una de las aplicaciones más ligadas a la Celebración es por sus tallos. Cortados en fragmentos de pocos centímetros de largo, suelen ser esparcidos para formar especies de pequeñas alfombras de textura muy singular.

Buganvilia: o bouganvilea como otros le llaman, es un arbusto plantado no nativo. Tiene flores todo el año y las hay de muchos colores: morado, rojo, anaranjado, amarillo, blanco. En particular en los pueblos, e incorporada a barrios de la ciudad de Guatemala como parte del acervo cultural traído por inmigrantes, se utiliza para preparar alfombras rápidas y muy efímeras: aquellas que se hacen frente a los "pasos" para el tránsito del Vía Crucis. Para ello siempre se ha preferido la flor morada.

Chilca: sólo es una especie de chilca la que se incorpora, y la costumbre se circunscribe a los pueblos montañosos del sur-occidente. Es la que produce flores de color amarillo-oro. Un arbusto nativo que crece espontáneo en las zonas de montaña (los botánicos la llaman

Senecio salignus), la mayoría de veces en los campos de maizales. Florece sólo en primavera. Sus flores son usadas igual que en el caso de las buganyilias.

Coralillo: un árbol pequeño, también llamado pacuché, que crece espontáneo en zonas de tierras medianamente altas. Son los frutos los que se han unido a las tradiciones. El fruto es pequeño, de menos de un centímetro, redondeado, anaranjado o amarillo fuerte, que forma conjuntos alargados, colgantes, formados con decenas y a veces cientos de frutitas. Su función es ornamental, principalmente en andas, pasos, “arcos” y “huertos”, y con mayor frecuencia en los pueblos que en las ciudades.

Gravilea: árbol grande, introducido al país junto con el cultivo del café como árbol de sombra. Originalmente plantado, ahora puede crecer espontáneo en las cercanías de los cafetales y en las zonas urbanizadas. Florece durante la primavera. Las flores son estructuras complicadas, amarillas o anaranjadas, muchas veces con matices rojos, buscadas con evidente intensidad como elemento decorativo.

Pino: los pinos son árboles muy conocidos por los guatemaltecos y de ellos se ha descrito una veintena de especies. Se conocen varias formas de utilización. En una de las más frecuentes las hojas se esparcen en forma de alfombra. Así se convierten en especies muy ligadas a varias tradiciones y costumbres. Las de cuaresma y Semana Santa no escapan de esta unión. Ya sea en el piso de iglesias, en las calles frente a los pasos o en “huertos”, las hojas de pino son elementos infaltables de las celebraciones.

Matiliguat: árbol propio de Guatemala, al que produce esas flores rosadas tan típicas de la temporada se le llama *Tabebuia rosea*. Las flores, que brotan como en una explosión de color, cubren en primavera la copa del árbol casi a la vez que se despoja del follaje. Además de su incorporación como las de chilca y buganvilia, la sola imagen del árbol en flor evoca la cuaresma. En el Parque Colón de la capital el espectáculo resulta inigualable.

Corozo: palma nativa que crece silvestre en la gran costa del océano Pacífico. Sus flores, agrupadas por cientos en alargadas inflorescencias, hasta antes de la maduración están dentro de estructuras fusiformes de paredes muy recias, que luego se abren para exponer el glorioso contenido. O Semana Santa huele a corozo o el corozo tiene aroma a Semana Santa. Tan ligados están el uno a la otra que difícil es definirlo. Las flores, pegajosas por mieles e intensamente fragantes, están en “ramos”, “huertos”, “pasos”, arcos, en las iglesias, en los hogares... ¡donde haya Semana Mayor!

Jacaranda: como los matiliguates, es usual que durante primavera las jacarandas sustituyan su follaje por millares de flores tubuliformes, color morado suave, casi violeta, que definen con su sola presencia el carácter de la festividad. Son producidas por árboles grandes, originarios de Brasil, ahora aclimatados y apreciados en Guatemala. Caen solas de la copa y no es raro ver alfombras de ellas al pie de los imponentes árboles, tal vez a la espera de que alguien venga a tomarlas para unir las a la iconografía cuaresmal.